

¿Qué ha pasado con el «fascismo»?*

Tim Mason

Me gustaría argumentar en las notas que siguen que, a finales de los años ochenta del siglo XX, intentar «reevaluar» el Tercer Reich requiere una perspectiva historiográfica algo más amplia que la presentada por la mayoría de las ponencias y discusiones en el congreso de Filadelfia. Se podrían plantear muchas y diferentes cuestiones en este sentido, pero quiero limitarme solo a una, porque me parece la más difícil y problemática. Se trata de la desaparición de las teorías, o de los conceptos articulados, sobre el fascismo en la investigación y en la bibliografía sobre el Tercer Reich en los últimos doce años más o menos. En la nueva bibliografía (fuera de la RDA), el término, si se utiliza, aparece con un sentido vagamente descriptivo, desprovisto de bagaje teórico^[1].

*Este breve ensayo se basa en los comentarios realizados por Mason en la sesión final del Congreso «Reevaluating the Third Reich», celebrado en la Universidad de Pensilvania en abril de 1988. El texto final fue redactado por Mason y las notas a pie de página se han completado, en la medida de lo posible, a partir de las referencias abreviadas de ese texto. Las ponencias del congreso se han publicado en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York, Holmes and Meier, 1993. [N. E. NH: Esta traducción al castellano ha sido realizada por Mónica Granell Toledo a partir de la versión antes citada, con apoyo del proyecto PGC2018-099956-B-I00, financiado por MCI/AEI/10.13039/501100011033 y FEDER Una manera de hacer Europa. El texto de Mason había sido publicado por primera vez en *Radical History Review* (49), 1991].

Creo que esto supone un cambio enorme, tanto en la conceptualización del nacionalsocialismo como en la dirección de las nuevas investigaciones. Este cambio no debe pasarse por alto, como si la teoría del fascismo se hubiera desvanecido, sino que exige algún tipo de balance, para el que estas observaciones constituyen una primera y fragmentada contribución. Mi postura sobre las cuestiones implicadas es lo suficientemente confusa como para intentar escribir sobre ellas sin actuar de manera interesada. Aunque consideraba que los debates sobre el fascismo de los años sesenta y setenta habían favorecido el análisis del nazismo (véase más adelante), nunca he participado activamente en ellos; nunca he podido librarme de las dudas conceptuales básicas ni de la confusión en torno al *capital*, y siempre he pensado que faltaba una dimensión comparada en las obras que trataban el fascismo alemán. Por esta razón, he preferido utilizar en general los términos nacionalsocialismo o Tercer Reich. Esto es así incluso para la idea de la «primacía de la política», que constituye en sí misma un instrumento muy contundente para un análisis teórico del fascismo^[2].

1.- Véase, por ejemplo, Lutz Niethammer (ed.), *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1980*, Berlín, Dietz, 1983, 3 vols.

2.- Tim Mason, «The Primacy of Politics. Politics and Economics in National Socialist Germany», en J. Caplan (ed.):

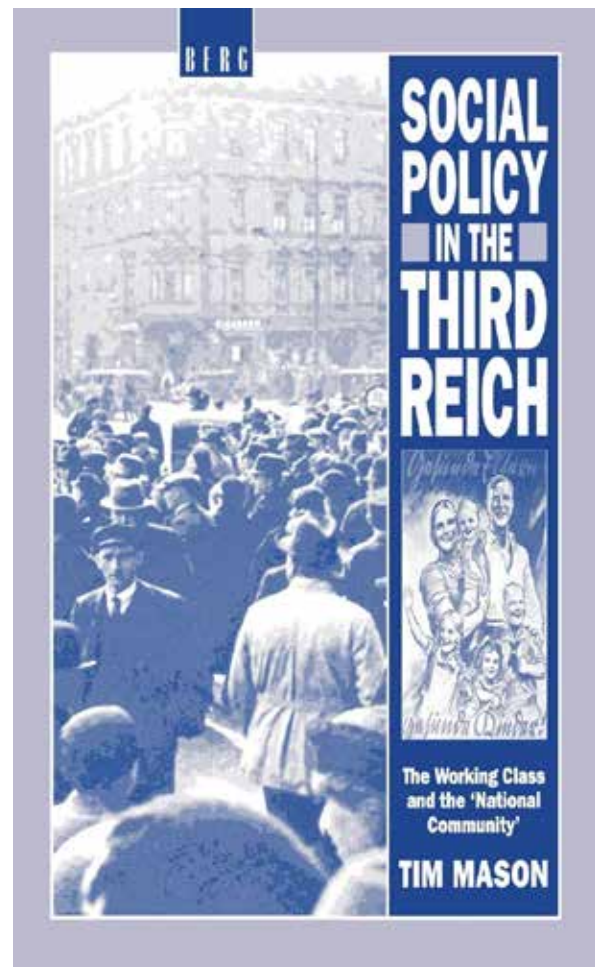
La idea de que las teorías del fascismo eran posibles y esenciales gozó, en otra época, de un amplio consenso. Un examen completo de la bibliografía estaría aquí fuera de lugar, pero los especialistas liberales y «apolíticos» estuvieron durante un tiempo ampliamente representados en los debates. Estos debates parecen estar ahora estrechamente vinculados a los escritos de tendencia marxista de Kühnl, Kitchen y el círculo de *Das Argument*^[3], pero hay que recordar que quienes editaron y contribuyeron en la *Reader's Guide to Fascism* y en el impresionante *Who were the Fascists?*^[4] también tenían un fuerte compromiso con este tipo de enfoque, aunque tuvieran poco ver, intelectual y políticamente, con los estudiosos marxistas de estos problemas. *The Nature of Fascism*^[5], por recurrir a otro libro ecléctico, ofrece una prueba más, en caso de que fuera necesario, del atractivo que el concepto tuvo entonces. Sin embargo, a finales de los años ochenta, estas certezas (y mis viejas incertidumbres) parecen obsoletas: la mayor parte de las interesantes aportaciones que se han hecho últimamente se refieren de manera específica a Alemania,

Nazism, Fascism and the Working Class, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 53-76.

3.- Reinhard Kühnl: *Formen burgerlicher Herrschaft. Liberalismus-Faschismus*, Reinbek, Rowohlt, 1971; *Idem* (ed.): *Texte zur Faschismusdiscussion. Positionen und Kontroversen*, Reinbek, Rowohlt, 1974; *Idem*: «Probleme einer Theorie über den internationalen Faschismus», *Politische Vierteljahresschrift*, 16 (1975), pp. 89-121; Martin Kitchen: *Fascism*, Londres, MacMillan, 1976; *Das Argument*, revista marxista publicada en Berlín occidental desde los años sesenta; para los debates de los años sesenta sobre el fascismo, véanse especialmente los números 30, 32, 33, 41, 43 (1964-1967).

4.- Walter Laqueur (ed.): *Fascism. A Reader's Guide*, Harmondsworth, Wildwood House, 1976; S. U. Larsen, B. Hagtvet y J. P. Myklebust (eds.): *Who Were the Fascists? Social Roots of European Fascism*, Bergen, Universitetsforlaget, 1980.

5.- S. J. Woolf (ed.): *The Nature of Fascism*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968 [Trad. esp.: *La naturaleza del fascismo*, México, Grijalbo, 1974].



el nazismo y el Tercer Reich, y se centran, por una parte, en la relación entre las estructuras institucionales y el diseño de políticas, y, por otra, en la política biológica (racismo y eugenesia). Así, las peculiaridades más extremas del nazismo alemán han llegado a dominar lenta y silenciosamente nuestras preocupaciones morales, políticas y profesionales. Cuando se hacía referencia al fascismo en el congreso de Filadelfia, parecía tratarse de un asunto muy anticuado. Esto no supone un desarrollo orgánico de una línea de investigación histórica, sino más bien un cambio fundamental de paradigma.

En primer lugar, me gustaría considerar qué elementos del debate del fascismo merecen ser recuperados y mantenidos en circulación y en constante vida intelectual. A continuación, me parece oportuno especu-

lar sobre las razones por las que este debate se ha ido desvaneciendo. Por último, es necesario señalar cómo podemos avivarlo o, mejor dicho, cómo podemos relanzarlo de una forma totalmente nueva.

1. El primer éxito importante del debate sobre el fascismo fue la recuperación de una gran cantidad de obras contemporáneas (años veinte y treinta), marxistas y neomarxistas, sobre el tema. Tanto si ahora nos interesamos por los movimientos y los regímenes, como si lo hacemos por la resistencia de izquierdas hacia ellos, las obras a las que hacemos referencia son demasiado importantes como para que pasen de moda. En segundo lugar, el debate situó las relaciones de clase y las relaciones entre clase y Estado en el centro de la escena. Muchos historiadores nunca han considerado pertinentes estas cuestiones, por lo que se han visto obligados a escribir largas y fructíferas monografías en defensa de sus tesis; y algunos antiguos teóricos del fascismo han llegado a dudar de que el centro de la escena sea el lugar adecuado para estos asuntos. Sin embargo, yo diría con toda rotundidad que estas cuestiones no deberían ser marginadas cuando se buscan nuevos temas de investigación. Un ejemplo destacado de las formas en que el viejo aparato conceptual puede vincularse de manera fructífera y discreta con la nueva investigación empírica de la historia de la sociedad y de las ideologías es el libro de Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter*^[6]. Las relaciones de clase y entre clase y Estado también exigen ser incluidas constantemente y desde un punto de vista crítico en los estudios en los que no pare-

6.- Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlín, Dietz, 1985. Véase también el amplio estudio de este mismo autor sobre la mano de obra extranjera. *Idem: A History of Foreign Labor in Germany 1880-1950*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1990.

cen ser cruciales, donde no son el motor de la historia —estudios de género, estudios de casos en el ámbito local, etcétera—. La actual oleada de dudas sobre el marxismo, y dentro de él, tiene muchas justificaciones, pero ninguna debería llevar a un abandono total de las *cuestiones* básicas. Sin embargo, muchas de las respuestas fascistas necesitarían ser radialmente revisadas o abandonadas.

2. El declive del paradigma fascista no es fácil de trazar. Veo pocos indicios explícitos que sugieran que los ataques perpetrados de manera prolongada, aguda y exhaustiva contra este paradigma por parte de estudiosos liberales y conservadores como H. A. Winkler, H. A. Turner y K. D. Bracher hayan tenido un efecto persuasivo considerable —quizá el debate fue demasiado conflictivo como para que pudieran darse «conversiones»^[7]—. A nivel puramente intelectual, me parece, más bien, que la teoría del fascismo se encontró en tres callejones sin salida dentro de su propio marco conceptual con respecto al progreso de la investigación empírica. El primer callejón sin salida fue autoinfligido, en el sentido de que los teóricos del fascismo realizaron un trabajo empírico poco sólido en su propio campo de estudio, es decir, en la economía política del periodo 1928-1945; el territorio que se consideraba crucial se dejó, mayoritariamente, a la investigación de otros estudiosos, mientras que cuestiones secundarias, como la estética fascista y la «fascistische Öffentlichkeit» (la esfera pública

7.- Véanse especialmente H. A. Winkler, *Revolution, Staat, Faschismus. Zur Revision des historischen Materialismus*, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1978; Henry A. Turner Jr. (ed.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, New Viewpoints, 1975; Karl Dietrich Bracher, *Zeitgeschichtliche Kontroversen. Um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, Múnich, Piper, 1976; e *Idem, The Age of Ideologies*, Londres, Methuen, 1985 [Trad. esp. *La era de las ideologías*, Buenos Aires, Belgrano, 1989].

fascista), suscitaron un interés paralelo, al menos, en la izquierda. El segundo callejón sin salida fue el racismo nazi, que no se estudió de forma sistemática; esta cuestión siempre ha amenazado con destruir los conceptos genéricos del fascismo y su tratamiento, bastante incierto, explica en buena medida por qué los trabajos alemanes sobre el fascismo recibieron tan poca atención por parte de la izquierda en Italia. Esto nos lleva al tercer callejón sin salida: la debilidad global del debate en términos de trabajo empírico comparado. Un debate sobre estos temas, que no se refiriera continuamente a Italia, Francia, Rumania o incluso Gran Bretaña, estaba destinado a dar vueltas sobre sí mismo en círculos concéntricos cada vez más reducidos.

Estas restricciones y limitaciones intelectuales no eran, en absoluto, triviales, pero tampoco tenían un carácter terminal —los trabajos *podrían* haber ampliado gradualmente su base y haber seguido desarrollándose—. Por lo tanto, me inclino a pensar que las razones decisivas del declive del paradigma del fascismo se encuentran en otra parte, es decir, en cambios más amplios de la cultura política. Lo primero que hay que señalar aquí es el lento declive y la fragmentación de los movimientos de 1968. El fascismo era un concepto muy presente en estos movimientos, especialmente en Alemania, donde la gente joven se enfrentaba a la generación de sus padres, ahora en el poder, que no se había resistido a los nazis y que no había hablado abiertamente con sus hijos sobre el Tercer Reich^[8]. Se considera que el 1968 alemán fue un movimiento antifascista trágicamente tardío (y, por tanto, hasta cierto punto, mal concebido), no solo a la hora de oponerse a la generación de los padres, sino también respecto

a aprender de sus terribles errores políticos y extraer de ellos un balance positivo. El fascismo, tal como recuerdo de muchas discusiones en Berlín en los años sesenta, no era solo una época que había terminado en 1945, sino que también fue algo que los democristianos y el ala derechista de los socialdemócratas estaban intentado restablecer *entonces* de una manera menos bárbara —«die formierte Gesellschaft» (sociedad planificada) de Ludwig Ehrhard y Rüdiger Altmann, las fuerzas policiales militarizadas de Berlín occidental, etcétera—. Sin embargo, el SPD se hizo con el control del gobierno nacional, se produjo una marcada liberalización y el movimiento de 1968 tomó cuarenta direcciones diferentes, una de ellas de carácter terrorista. En parte, debido a este cambio nacional (del cual 1968 es en buena parte responsable), el concepto genérico de fascismo perdió su fuerza intelectual entre los estudiosos y los académicos más jóvenes de la izquierda.

El segundo cambio importante que debe considerarse en este contexto es el desarrollo del feminismo. Este movimiento político-cultural de la izquierda también ha contribuido a socavar el paradigma clásico del fascismo. Dejando a un lado las obras de Wilhelm Reich, en la teoría del fascismo había poco espacio para temas como el género y la reproducción e, incluso, Reich tenía poco que decir sobre el vasto campo de la eugenesia reaccionaria. Las inspiraciones y luchas feministas han abierto nuevos y amplísimos campos de investigación sobre la realidad histórica del nazismo y de la sociedad alemana del siglo XX, temas que han superado los conceptos más viejos del fascismo tanto en un sentido empírico como teórico^[9].

8.- [Una nota textual se refiere a «Jones», pero no he podido encontrar la referencia].

9.- Las publicaciones feministas son demasiado numerosas para mencionarlas en su totalidad, pero entre las obras más representativas en inglés se encuentran Renate Bridenthal *et al.* (eds.), *When Biology Became Destiny*.

El tercer cambio político y cultural que ha actuado en la misma dirección ha sido la creciente concienciación pública del genocidio nazi, sobre todo del que afectó a los judíos. Este importantísimo hecho ha llegado a dominar la percepción pública de la historia de la Alemania nazi en un grado cada vez mayor con el paso de los años y, en cierta medida, la investigación académica ha seguido este cambio en la opinión pública.

En este punto, podría ser de gran utilidad intentar relacionar el declive de la teoría del fascismo con la controvertida cuestión de los intentos por «historizar» el Tercer Reich. Este esfuerzo puede llegar a ser doblemente útil, ya que el significado de la palabra «historización» solo se aclara cuando se le da un uso práctico. La mayoría de los teóricos del fascismo de los años sesenta y setenta *también* entendían el nazismo como un repositorio de posibles lecciones, advertencias e imposiciones sobre los acontecimientos económicos y políticos en un futuro próximo; el Tercer Reich era «aplicable». Esto dista mucho de las preocupaciones de los académicos que ahora desean «historizarlo». No pretenden negar las *implicaciones* morales, culturales y políticas que el nazismo ha tenido en el presente, pero reivindican su pertenencia al pasado. La «historización» se ha presentado como una idea novedosa, y amenaza con convertirse en una noción en la que do-

minan las reflexiones metodológicas y las sensibilidades morales, y lo hacen de forma que este concepto solo puede llevar a confusión^[10]. El declive de ese tipo de curiosidad histórica específicamente asociada a la teoría del fascismo me parece un ejemplo de «historización» —uno muy importante— que *se ha producido realmente*.

Sin embargo, esto no debería entenderse en modo alguno como el feliz triunfo de la torre de marfil sobre las seducciones de una historia políticamente comprometida. La historia feminista es una historia políticamente comprometida, pero su continua y creciente contribución a la investigación y la comprensión, en mi opinión, ha hecho mucho por historizar el nazismo, al ampliar enormemente las nociones que tenemos de este, y eso requiere ser descrito y explicado. Si ahora tenemos algunas nociones concretas de la sociedad alemana y el nazismo, se debe tanto al trabajo feminista como a la proliferación de estudios de casos locales. Además, la sociedad alemana es el verdadero objeto del análisis y la reflexión historizantes. No resulta paradójico que esto sea, en parte, el resultado de una determinada militancia en el presente —el progreso historiográfico se produce normalmente de esta manera—. Normalmente, pero no siempre, ya que el tercer cambio político y cultural señalado más arriba, la creciente preocupación pública por el genocidio, puede fomentar la pasión por la investigación, pero también puede dificultar el distanciamiento crítico, en lugar de favorecerlo. La teoría del fascismo adolecía tanto de una falta de distanciamiento crítico como de una falta de la visión global, ambas cualidades esenciales para una comprensión

Women in Weimar and Nazi Germany, Nueva York, Monthly Review Press, 1984; y Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987. En alemán, véase especialmente Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1986. En las notas del texto original se mencionan otras dos obras que han tenido gran repercusión en el estudio de los aspectos sociales e ideológicos del fascismo: Klaus Theweleit, *Male Fantasies*, Minneapolis, Polity Press, 1987, 2 vols.; y Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Londres, Batsford, 1987.

10.- Véase Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, Hodder Education, 1993, 3ª ed., Capítulo 9. [Trad. esp. *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004].



Jóvenes de la *Bund Deutscher Mädel* (Liga de la Muchachas Alemanas, rama femenina de las Juventudes Hitlerianas) en Berlín en 1930 (Foto: Bundesarchiv, autor desconocido).

historizada del nazismo. Los teóricos del fascismo pasaron por alto el antisemitismo, pero la solución no recae en la lectura de la totalidad de la historia alemana en términos de genocidio, ya que eso también contiene elementos de la «contemporaneidad del pasado» que pueden obstaculizar el debate moral crítico^[11].

Esta digresión parcial apunta a la siguiente observación, que es que no se han propuesto nuevos paradigmas que ocupen el lugar de las teorías del fascismo. Puede ser que quienes desean historizar el nazis-

mo crean que podemos funcionar sin *ningún* paradigma de este tipo. Sin embargo, a juzgar por las ponencias del congreso y por otras novedades bibliográficas, existe algo así como un nuevo consenso en cuanto al enfoque de la investigación sobre el nazismo. La más nueva e interesante línea de investigación considera un axioma que el Tercer Reich fue único (en el sentido radical de la palabra), y concentra nuestra atención en la amplia gama de políticas biológicas nazis (también únicas), y en las instituciones inventadas para aplicarlas, a menudo en el nivel administrativo más bajo (que también da a primera vista una apariencia de unicidad). Así, pues, es imposible concluir este apartado sin señalar una paradoja: la postura anterior es la misma que Karl Dietrich Bracher ha expuesto

11.- Saul Friedlander, «Some Reflections on the Historicization of National Socialism», *German Politics and Society*, 13 (1988), pp. 9-21; véase también la correspondencia entre Friedlander y Martin Broszat, reeditada como «A Controversy about the Historicization of National Socialism», *New German Critique*, 44 (1988), pp. 85-126.

a grandes rasgos, pero insistentemente, desde 1970. Bracher ha argumentado repetidamente que el Tercer Reich fue único, revolucionario y totalitario, por la preeminencia absoluta que dio a las políticas biológicas^[12]. Dudo mucho que la influencia directa de Bracher haya sido importante, ya que en el debate entre funcionalistas e intencionalistas se ha alienado decididamente con estos últimos, incluso en la cuestión del incendio del Reichstag, mientras que la mayor parte de los nuevos investigadores se sienten mucho más en deuda con diversos planteamientos funcionalistas. Yo, tan solo puedo señalar esta paradoja, no resolverla. Sin embargo, merece ser constatada, porque es un indicio de lo mucho que cambian las cosas.

3. Evidentemente, estos dilemas no pueden resolverse de una manera clara y sencilla. El Tercer Reich seguirá sometido a reevaluaciones, y nuevas y no tan nuevas escuelas de interpretación continuarán cambiando unas respecto a otras. Una forma concreta de avanzar, aunque limitada, pueden ser las comparaciones sistemáticas —sobre todo con la Italia fascista; es decir, el tipo de trabajo que los exponentes de la teoría del fascismo olvidaron en gran parte durante los años setenta—. Una de las características más importantes de ese estéril episodio cultural que lleva el nombre de «Historikerstreit» es que las comparaciones fueron planteadas, hasta donde yo sé, tan solo en el caso de la Rusia de Stalin o de Pol Pot, y *no* con respecto a la Italia fascista, que, al fin y al cabo, había proporcionado un determinado modelo a la Alemania nazi, de la que había sido además una fiel aliada durante la guerra. Comparar (que no es lo mismo

que homologar) es una parte esencial del trabajo del historiador, pero hay que tener cuidado con las cosas que se comparan, y es un recurso distorsionador comparar la Alemania nazi con la Rusia estalinista, una sociedad que se encontraba en una etapa de desarrollo cultural y político completamente diferente, y que perseguía objetivos políticos radicalmente distintos. Esta parte negativa del argumento ha quedado perfectamente establecida por Jürgen Kocka, entre otros, pero la parte positiva, es decir, el argumento en favor de una comparación sistemática con la Italia fascista, se ha abandonado^[13].

La cuestión del fascismo ha resurgido bajo esta nueva forma. Las viejas teorías ofrecen poco en cuanto a puntos de partida, excepto, quizás, por la economía política de 1922 y de 1932-1933 (es decir, la toma de poder de los fascistas italianos y de los nazis, respectivamente). Estas teorías tendían a hacer que el nazismo se pareciera al fascismo italiano, sin saber cómo era realmente este último. Hoy en día, las comparaciones deben partir de cuestiones analíticas específicas, susceptibles de tener, en principio, respuestas empíricas. El objetivo no consiste en reconstruir una «teoría del fascismo» por medio de la acumulación minuciosa de elementos básicos comparativos, ya que hay una serie de objeciones cognitivas y metodológicas fundamentales que se oponen a la idea de que las teorías puedan ser construidas de esa manera. El propósito debe ser, más bien, establecer diferencias y similitudes específicas entre los dos regímenes y encontrar sus causas, manteniendo al mismo tiempo un estricto agnosticismo con respecto a la

12.- Karl Dietrich Bracher y Leo Valiani, *Fascismo e nazionalsocialismo*, Bolonia, il Mulino, 1986.

13.- Jürgen Kocka, «Hitler sollte nicht durch Stalin und Pol Pot verdrängt werden», en *'Historikerstreit'. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Múnich-Zúrich, Piper, 1987, pp. 132-142.

radical unicidad de uno u otro. Los temas que podrían desarrollarse al respecto son numerosísimos.

Esto podría ilustrarse con dos ejemplos tomados del congreso de Filadelfia. ¿Hubo un fuerte movimiento eugenésico en la Italia fascista? Sí, se hizo sentir muchísimo y fue muy profesional, pero tuvo que enfrentarse a la oposición del Vaticano (¡más poderoso en Italia que Galeno en Alemania!) y carecía de poder ejecutivo y administrativo^[14]. ¿Las denuncias jugaron un papel tan importante a la hora de reforzar el poder de las distintas fuerzas policiales fascistas como lo hicieron en el caso de la Gestapo? Es casi seguro que no, y esto redujo en gran medida el poder represivo de la dictadura fascista, que no pudo impedir, por ejemplo, la gran oleada de huelgas que se inició en Turín en marzo de 1943; pero conocer la razón de esta situación concreta exige un análisis y una investigación difícil y exhaustiva en la historia social y cultural tanto de Alemania como de Italia: ¿por qué el hecho de denunciar habría sido deshonesto en Italia, pero no en Alemania? No hay una única respuesta, pero la importancia de la pregunta es evidente^[15].

Este enfoque de la cuestión del fascismo y del nazismo no es totalmente nuevo. Wolfgang Schieder ha comparado recientemente las etapas de la toma del poder de los dos regímenes, y ha llegado a la conclusión de que fueron tremendamente similares.^[16] Macgregor Knox ha comparado

la relación entre la política interior y exterior de los dos regímenes, y ha llegado a la conclusión de que ambos utilizaron la política exterior para revolucionar los asuntos internos (se podría argumentar que la relación entre las dos esferas de la actividad estatal era, de hecho, la contraria, pero la metodología utilizada por el autor es impecable y sus conclusiones, muy estimulantes)^[17]. Paolo Pombeni ha realizado una excelente comparación sistemática entre los dos partidos, y ha concluido que sus funciones y estructura eran básicamente similares^[18]. Charles Maier ha comparado las economías nazi y fascista, y las similitudes superan a las diferencias^[19]. En un nivel inferior de investigación empírica, he intentado analizar una semejanza: la capacidad de la clase obrera italiana para iniciar una huelga general en marzo de 1943, un tipo de huelga que nunca tuvo lugar en Alemania^[20]. Creo que la diferencia tiene que ver, sobre todo, con la capacidad administrativa mucho mayor del régimen nazi, en comparación con el Estado fascista, tanto para destruir como para proporcionar bienestar.

Estos trabajos indican que el debate puede estar en una nueva fase. Cualquier afirmación menos prudente estaría fuera de lugar. La cuestión de la participación italiana en el genocidio —contra los judíos, en África y en los Balcanes— sigue siendo objeto de un acalorado debate. La mayoría de los historiadores y especia-

14.- Véase MacGregor Knox, «Conquest, Foreign and Domestic, in Fascist Italy and Nazi Germany», *Journal of Modern History*, 56 (1987), pp. 1-57.

15.- Robert Gellately, «The Gestapo and German Society. Political Denunciation in the Gestapo Case Files», *Journal of Modern History*, 60 (1988), pp. 654-694; Tim Mason, «Arbeiter ohne Gewerkschaften. Masserwiderstand in NS-Deutschland und in faschistischen Italien», *Journal für Geschichte* (1985), pp. 28-36.

16.- No he podido localizar esta referencia en una publicación reciente de Wolfgang Schieder, pero véase su

colección *Faschismus als soziale Bewegung. Deutschland und Italien im Vergleich*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1983.

17.- Knox, «Conquest, Foreign and Domestic».

18.- Paolo Pombeni, *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma partito del fascismo*, Bolonia: il Mulino, 1984.

19.- Charles Maier, «The Economics of Fascism and Nazism», en *Idem*, (ed.), *In Search of Stability*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 70-120.

20.- Mason, «Arbeiter ohne Gewerkschaften».

listas italianos piensan que esta cuestión separaba de manera decisiva el fascismo italiano del nazismo alemán. Pero el problema no se resuelve contando cada- veres. Lo que importa es el potencial genocida del régimen en cuestión, y cómo se interpretan desde esta perspectiva los diversos ejemplos de asesinatos en masa que se cometieron en nombre del fascismo. No cabe duda de que la persecución de los judíos se llevó a cabo en Italia con menos eficacia y entusiasmo que en cualquier otro país, excepto en Dinamarca. Sin embargo, la cuestión general sigue abierta, porque queda mucho por investigar y analizar. El hecho de que la mayoría de los italianos, de todos los colores políticos, se resistan a una comparación positiva entre «su» fascismo y el nazismo alemán es un fenómeno político e histórico de gran importancia; ahora bien, también puede ser un obstáculo para el desarrollo de la investigación histórica.

Ninguna de estas observaciones implica que el viejo concepto de fascismo pueda ser revivido, o que deba serlo. Por el contrario, aluden a un programa diferente de trabajo, que (solo, creo yo) puede identificar lo peculiar (o típica) que fue la vía alemana hacia la inhumanidad organizada. Si ahora podemos prescindir de gran parte de los contenidos originales del fascismo, no pasa lo mismo con la comparación. La «historización» puede convertirse fácilmente en una receta de provincialismo. Y los absolutos morales de Habermas, por muy impecables que sean desde el punto de vista político y didáctico, también comportan una sombra de provincialismo, en el sentido de que no reconocen que el fascismo era un fenómeno continental y que el nazismo constituía una parte peculiar de algo mucho más amplio^[21]. Pol Pot, la tortura de la rata y el destino de los armenios son cuestiones ajenas a cualquier debate serio sobre el nazismo; la Italia de Mussolini no lo es.

21.- Aquí se hace referencia a las contribuciones de Habermas a la «Historikerstreit»; véase *Historikerstreit* pp. 62-76, 95-97, 243-255, 383-387.